

De la caza furtiva

HACER digerible algo tan frío, brillante y de aspecto tan poco comestible como una hierba, una hoja, un tallo, y extraer de ella calor, energía, vida, exige procedimientos contundentes. Son necesarias una serie de agresivas reacciones químicas en las que deben intervenir agentes muy corrosivos que descomponen la clorofila y las duras fibras ingeridas hasta desmenuzarlas. Los grandes simios aumentan de tamaño para que crezca la longitud de su tubo digestivo, el túnel de procesamiento de los vegetales que constituyen su dieta. Su metabolismo se encarga de que lo que parece una apacible digestión sea realmente un largo proceso, invisible, pero violento como una tormenta. En su intestino sucesivas reacciones van liberando diferentes gases que el animal va expulsando para evitar que le reviente el abdomen. Esas ventosidades sirven a sus depredadores para localizarlos en la espesura. (Es ese mismo rastro de ventosidades lo que siguen los cazadores furtivos para localizar a los gorilas, una de las piezas de caza que más aprecian). A fuerza de probar

con frutos secos, con insectos, con animales pequeños, los homínidos van descubriendo a lo largo de su evolución nuevas digestiones que no producen tantos gases, lo que les irá permitiendo abandonar la selva tropical y salir a la sabana, sin llamar la atención de sus cazadores. Hay un momento en que un homínido llega al borde de la oscura selva que le protege, aparta las últimas ramas y por primera vez se abre ante él un mundo despejado, luminoso, que puede contemplar en silencio.

Importancia de la pregunta

—DINOS, viejo Tiresias, ¿quién experimenta más placer durante el acto sexual, el hombre o la mujer? —le pregunta Zeus un día al ciego Tiresias.

Hera había castigado a Tiresias convirtiéndole en mujer. Años más tarde le perdonó y le permitió recuperar su sexo.

Ahora Zeus y Hera discuten la cuestión cuando reparan en el viejo Tiresias y piensan que él puede ejercer de juez en su discusión.

Después de meditarlo, Tiresias le responde:

—¿A quién se lo preguntas, al hombre que soy ahora o a la mujer que fui? La respuesta no es la misma.

En la memoria, pavesas ardientes y humo de calera

YA anciano, Lot seguía llevando todos los días sus rebaños al monte en el que su mujer miró hacia atrás, cerca de Segor. Cuando Lot se descuidaba, alguna vaca se acercaba y le daba a la estatua un lametazo. Lot hacía grandes aspavientos para espantarla. Pero todo el rebaño olía la sal y rondaba la estatua y él debía permanecer muy atento. En las tierras altas el ganado siempre está necesitado de sal.

A veces caía una ligera lluvia y Lot protegía a su mujer bajo una capa que sujetaba con un palo.

El rocío de la noche fue disolviendo algunas partes. Le borró el peinado, algunos rasgos de la cara, los más salientes.

Un año después de que muriera Lot, la estatua se había reducido a un bloque informe, liso, muy brillante, de un blanco amarillento, en el que sólo se reconocían dos dedos de un pie y parte de la sandalia que calzaba.

Premonición de la *Odisea*

UNA mañana de verano el niño Ulises salió del palacio a jugar a la guerra con otros rapaces amigos. Se internaron en un pinar y fingieron que creían que el bosque era de mástiles y que se encontraban entre naves.

Cuando quisieron regresar a casa se perdieron y estuvieron vagando gran parte del día. Llegaron de noche a las puertas de palacio.

La guardia les gritó desde los adarves que se pusieran bajo la luz que proyectaban las antorchas para examinarlos. Sólo los reconocieron cuando se les acercó en silencio un bravo cachorro de mastín llamado Argos, que se dejó abrazar y zarandear por el niño que abría la marcha.